

EN TORNO A LA *REVISTA DE CRITICA CULTURAL*

El primer número de la *Revista de Crítica Cultural* se publicó en mayo de 1990, justo después de la transmisión del mando político que simbolizó la reapertura de la democracia en Chile. Hago valer esta fecha porque el proyecto de la *Revista* está múltiplemente ligado a los dos períodos reunidos en ella: el período de la dictadura militar en Chile con sus trastocamientos históricos del vivir y del pensar en Chile, el período de la transición democrática con sus redefiniciones de los nexos entre cultura, sociedad e instituciones.

No quiero poner el énfasis en que la *Revista* se inauguró como proyecto editorial junto a la nueva fase de redemocratización chilena, sólo gracias a que mayores libertades en la circulación de las ideas acompañaron entonces la tarea de pensar el desafío de los nuevos tiempos (aunque, obviamente, la *Revista* se benefició del levantamiento de la censura y demás restricciones que castigaban el ejercicio intelectual durante el período autoritario). Quiero decir más bien que la constitución de la *Revista* como proyecto cultural entrelaza los significados de ambos períodos, cruza sus experiencias, se arma en sus tránsitos de memoria y reflexión, recorre en varios sentidos dimensiones de análisis que no son interpretables sin el movimiento entre una y otra circunstancia que se entrecitan en las páginas de la *Revista*; movimiento de la *Revista*; movimiento que responde a la seña de que el pensamiento postdictatorial es un pensamiento "en trance o en tránsito" (A. Moreiras) que siempre gira en torno a la *pérdida de sentido y a la recuperación de los sentidos*.¹

Quiero partir recreando, muy sintéticamente, el paisaje cultural de la actividad crítica bajo dictadura, porque ese paisaje arma el trasfondo de signos sobre el cual se recortó, y desde el cual se proyectó, la idea de la *Revista*.

Textos y contexto.

Durante los años previos al corte militar, el pensamiento crítico se gestaba casi enteramente dentro de la Universidad chilena que operaba como eje central de producción y transmisión del saber: la Universidad de los 60 funcionaba -en palabras de B. Subercaseaux- "como canal de modernización a través del cual se insertaba y se socializaba el bagaje teórico analítico acumulado por la crítica europea en los últimos 40 años y, por otra parte, especialmente a partir de la reforma universitaria

1. Alberto Moreiras, "Postdictadura y reforma del pensamiento" (*Revista de Crítica Cultural*, N.7, en producción).

de los fines de los sesenta, se constituyó en un espacio dinamizador de persuasiones ideológicas en torno al cambio, espacio que tensiona, por lo tanto, a las distintas disciplinas respecto a su rol en un proyecto de transformación de la sociedad".²

Ese eje se fractura con el golpe de 1973 que coloca a la Universidad bajo intervención militar, que mutila sus programas de enseñanza y desarticula su cuerpo de profesores, que ejerce censura ideológica sobre toda expresión ligada a luchas y transformaciones sociales. Estas condiciones de violencia represiva son las que enmarcan el trabajo de la Universidad chilena postgolpe. Pese al oscurantismo de dichos años, ciertos materiales académicos (la semiótica, el estructuralismo literario) se filtran en el interior de la Universidad donde funcionan como paradigmas de novedad y de rigor científicos. Estas nuevas referencias entran a cuestionar polémicamente la vieja crítica impresionista muy instalada y consagrada en las tribunas oficiales de la prensa chilena: una crítica, por supuesto, reticente a las teorías del discurso que problematizaban las nociones de sujeto y escritura desde la "crisis del autor" y cuyo método desmontaba el idealismo metafísico del yo trascendente y del lenguaje como interioridad y profundidad de las cosas. Pero el estructuralismo y su "nuevo discurso crítico fue también asumido con un alto grado de autocensura" que consistía -según R. Cánovas- en "no trabajar la relación entre las estructuras lingüísticas de los textos y las otras estructuras (sociales, ideológicas, mentales) que el lenguaje reproduce"³: el tecnicismo neutral del análisis lingüístico terminó siendo entonces funcional a la censura chilena, en cuanto su neutralidad purificadora- vaciadora de contenidos- hacía sistema con la voluntad oficial de desactivar las funciones de la crítica ideológica y social. Si bien el rigor analítico y la solvencia metodológica del aparato estructuralista fueron eficaces para denunciar los retrasos y las falencias del impresionismo literario, ese aparato sacrificó la historicidad social de la literatura que gravitaba en torno a las preguntas- vuelvo a citar a Cánovas- de "¿qué significa escribir en Chile desde 1973 en adelante? ¿cómo se resiste al poder autoritario desde la escritura?"⁴

Esas preguntas fueron respondidas por una nueva secuencia de textos -formada posteriormente a 1977- que criticaban el manejo ensimismado de las teorías estructuralistas cuya visión de la obra -y de su propio dispositivo- era la de un modelo autosuficiente y autoreferente, desligado de toda exterioridad social. Esa misma exterioridad social -una exterioridad viva de procesos y sucesos- negada por la clausura universitaria, fue la zona de extramuros en la que tuvo lugar el explosivo surgimiento de un "discurso de la crisis"⁵: un discurso "que tuvo su expresión

2. Bernardo Subercaseaux, "Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982" (*Ceneca*, N.19, 1984).
3. Rodrigo Cánovas, "Linh, Zurita, Ictus, Radrigan: Literatura chilena y experiencia autoritaria" (*Flacso*, 1986).
4. Ibid.
5. Rodrigo Cánovas, "Hacia una histórica relación sentimental de la crítica literaria en estos reinos" (*Cuadernos Hispanoamericanos*, N.482-483, septiembre 1990).

militante en un grupo de artistas plásticos y su adhesión en ciertos círculos de filósofos y literatos”⁶, y que rodeaba el trabajo de obras empeñadas en el desmontaje formal de las ideologías artísticas y literarias de la tradición oficial. En cercanía y parentescos de operaciones todas ellas destinadas a recalcar la materialidad significativa como plano y secuencia crítica del significado, este nuevo discurso crítico fue explorando vías de pensamiento capaces de recrear sentido alrededor de las pérdidas de sentido que las obras chilenas del arte y de la literatura de los 80 reconjugaron con brillo e insolencia.

Somos varios dentro de la *Revista* los que provenimos del corte teórico-cultural de ese “discurso de la crisis”. Y los que creemos que muchos de los gestos de ese discurso que merecen reescenificarse, sobre todo tomando en cuenta que no fueron leídos -o fueron malamente leídos- cuando brillaban con su máxima intensidad. Por una parte, nuestros textos circulaban entonces muy precariamente a través de catálogos de exposición, fotocopias de seminario o revistas de escaso y discontinuado tiraje, que los condenaban a circuitos ultraminoritarios situados en los márgenes del sistema de recepción cultural. Por otra parte, las prioridades de la lucha antidictatorial exigían reforzar y proteger la convergencialidad de las fuerzas opositoras, desatendiendo así las polémicas diferencias que enfrentaban a ciertos discursos del campo no oficial para otorgarle plena visibilidad a las expresiones más ortodoxas de la cultura militante: una visibilidad que opacó el significado crítico de las obras y de los textos que buscaban teorizarse en contra de los estereotipos del arte contestatario. Reescenificar esas escrituras dispersas del “discurso de la crisis” ha sido uno de los intereses de la *Revista* no en el sentido de fomentar una nostalgia en torno a su pasado heroico, sino en el sentido de **reintencionalizar** -en términos útiles para el debate cultural de hoy sobre democracia- varias de las operaciones que guiaban su crítica a las ideologizaciones culturales de un sentido archicodificado por el mensaje sociopolítico.

Lecturas híbridas, textos heterogéneos.

El llamado “discurso de la crisis” -urgido por la pregunta de cómo desarmar las composiciones de fuerza del mensaje oficial- se formuló cuestionando los tecnicismos académicos y la neutralidad expositiva de los metalenguajes científicos, juzgados culpables de divorciar el texto de su contingencia al defender un sospechoso principio de “*no interferencia*” (Said) entre Sistema (o Método) y exterioridad social.

Retomando ese movimiento, uno de los primeros deseos de la *Revista* fue el querer romper el aislamiento tanto de los saberes especializados delimitados por las fronteras de compartimentación disciplinaria del saber universitario, como de

6. Ibid.

los discursos sociales fraccionados por la violencia dispersiva de los cortes practicados en la red sociocultural bajo el régimen cultural. Tal movimiento implicaba recomunicar los saberes entre sí y vincularlos a los discursos sociales mediante un *libre tránsito* de escrituras en diálogos, intercambios y confrontaciones. Se trataba entonces de atacar el principio de “no interferencia” del saber académico, multiplicando las *interferencias* que exponen los textos a cruces impuros -contaminantes- de relaciones y de situaciones.

El primer cruce surgió del acento puesto en la *transdisciplinariedad* de la reflexión cultural: la literatura, las ciencias sociales, la filosofía, la estética, la política, etc. se combinaron en la *Revista* mediante tránsitos que desacotaron las fronteras de pertenencia-pertinencia acotadas por la autoridad intelectual o el crédito académico de los saberes legitimados como saberes reservados. Sin duda que ese cruce se entiende -más ampliamente- en función de las dinámicas que mueven las teorizaciones del discurso hacia la conformación de una práctica de “*crítica cultural*”: una práctica relacionada con análisis de la cultura que la asumen como configuración interdiscursiva de lenguajes plurales tramados por cadenas de mediaciones simbólicas e institucionales. Estas redefiniciones de la cultura nos obligan a pensarla -anticontemplativamente- como intersección de signos en disputa de valores y conflictos de interpretaciones, dejando atrás tanto el supuesto de la inocencia de las formas y de la transparencia de los códigos como el supuesto de la pureza del saber que animan ciertos cultos académicos a la trascendencia universal del conocimiento.

Pero hay otros cruces e interferencias posibles, como los que generados por la mezcla de escrituras en combinaciones suficientemente heterogéneas como para darle a la lectura la posibilidad de buscar su placer: de ensayar posturas y texturas, de aventurarse en el entremedio de las técnicas y de los estilos.

La *Revista* pretende jugar con una variedad de tratamientos escriturales (el ensayo crítico, la ficción teórica, el fragmento poético-literario, el documento social, etc.) como una manera de desplegar relaciones más sorprendidas -y por lo mismo, más inquietantes- con el saber normado de la reflexión académica. La misma gráfica de la *Revista* convierte sus páginas en “travesía ornamental, campo de injertos, cripta mestiza”, tal como lo anotó E. Dittborn⁷, materializando así la intención de alternar estilos que hagan jugar criterios desuniformes y contrastantes en los modos de verbalizar el pensamiento cultural. La gráfica de la *Revista*, su discurso visual, es otro discurso más que juega un rol activo, de intervención crítica, en el conjunto de los demás textos haciendo aparecer -multidireccionalmente- “mecanismos de polaridades y contradicciones, jerarquías o grados que son develados por imágenes desbaratadas” o por conexiones dispersas entre textualidades híbridas⁸.

7. Eugenio Dittborn (*Revista de Crítica Cultural*, N.2).

8. Arturo Duclos (*Revista de Crítica Cultural*, N.3).

Me interesa recalcar esa dimensión de quiebres y múltiples intersecciones respecto de la linealidad del modelo investigativo o académico, porque creo que señala también un posible ejercicio de la llamada “crítica cultural”: un ejercicio que tiene que ver con interrogar los rangos y posiciones que ocupan determinados saberes legalizados por tratos-contratos disciplinarios en perjuicio de los saberes considerados más precarios o informales, de los saberes no certificados. Ese ejercicio de interrogación ya tuvo curso en el medio intelectual chileno de los años de la dictadura, armando un agudo punto de tensión entre -por una parte- la hegemonía de las ciencias sociales como disciplina guardiana de la racionalidad explicativa del marco de las transformaciones culturales bajo autoritarismo, y -por otra parte- el desborde crítico-estético de una nueva escena artística y literaria que reestilizó la crisis con vocabularios rebeldes a los ordenamientos prácticos del sociologismo funcional. Esa tensión contiene -virtualmente- la energía crítica de un debate sobre saberes regulares y saberes irregulares, sobre fuerzas de demostración y bordes de experimentación, sobre resguardos disciplinarios y aventuras transgenéricas. A la *Revista* le interesa mantener viva esa tensión porque obliga a preguntarse por los dominios de autoridad que imponen ciertos monopolios académicos, por las domesticaciones de códigos practicados en nombre del saber institucional que a menudo censura la creatividad dispersa de los hablas desgarrantizados. Y porque esa pregunta sobre los conflictos entre lo *representable* (lo normativo o lo codificado en materia de discursos y significaciones) y lo *irrepresentado* (lo marginado o devaluado por el sistema de jerarquías del pensamiento institucional) conduce también a una reflexión que se hace extensiva al tema de las *políticas de identidad y de representación* respecto de cómo potenciar la expresividad crítica de nuevas subjetividades rebeldes al modelo de expresión seriada de la “identidad social”; nuevas subjetividades que se hablan -en palabras de Perlongher- desde “las fugas, las desestructuraciones, los rechazos característicos de las marginalidades heteróclitas⁹.”

Transferencia y recontextualización

Una de las dimensiones del pensar sobre la que insistentemente reflexionó el ya mencionado “discurso (chileno) de la crisis”, es la que atañe a su contextualidad de discurso signado por una condición periférica: la de una cultura envuelta en una historia de dominaciones coloniales y metropolitanas para la cual la búsqueda de redefiniciones de lo “propio” armaba la tentativa de resistencia a la asimilación mimética, al consumo pasivo y meramente reproductor de modelos importados, al ejercicio subordinado de la copia como remedo extranjerizante.

9. Néstor Perlongher, “Los devenires minoritarios” (*Revista de Crítica Cultural*, N.4).

La tarea de pensar y hacer cultura en América Latina es indisociable de una reflexión sobre los modos que articulan la problemática de la *transferencia cultural*; esa tarea supone diseñar modos de vincular dialógicamente los materiales de la cultura internacional a las dinámicas de significación locales que tensionan la especificidad de cada contexto. ¿Qué se selecciona y se recombina del material teórico de la red metropolitana, en función de qué demandas de sentido y orientado hacia qué fines de *intervención* cultural? ¿Cómo se refuncionalizan críticamente los textos de la cultura metropolitana para liberar -en los márgenes de su composición oficial- una energía reflexiva y combativa que permita someter a discusión los trazados de autoridad de la cultura central y sus jerarquías de pensamiento? ¿Mediante qué agenciamientos de lecturas se reconvierten los enunciados del centro para que su recepción-apropiación dote al sujeto periférico de recursos para el debate sobre cómo el poder hegemónico administra los valores de identidad y de diferencia?

El programa editorial de la *Revista* incorpora tales preguntas, y -desde ya- son varios los textos publicados que abordan el tema del *traspaso* y de la *resignificación-crítica* del pensamiento metropolitano, el tema de las operatorias periféricas de fragmentación y reciclaje de la teoría internacional, tomando ciertos autores como pre-textos para la reconfiguración táctica (contextual) de ejes de pensamiento que pasan por “las combinaciones, las permutaciones, las utilizaciones” de conceptos cuya pertinencia y validez “no son nunca interiores, sino que dependen de las conexiones con tal o cual exterior” tal como lo señalaban Deleuze-Guattari en su defensa de la *experimentalidad* del sentido¹⁰.

La ocupación que hace la *Revista* del debate sobre postmodernidad se inscribe en esa línea. Es sabido que la cuestión de la postmodernidad suele desencadenar muchas sospechas y reticencias en el medio cultural latinoamericano: sea porque su marca de registro acusa su conexión con la llamada sociedad postindustrial del capitalismo tardío y que esa marca resultaría impropia en un contexto donde muchos de los avances de la industrialización siguen pendientes; sea porque el sufijo “post” rotula un “después de” la modernidad incompatabile con las circunstancias de la modernidad latinoamericana que la definen como modernidad trunca, fallida, que aún no ha sido completada -y menos aún, superada- como proyecto; sea porque las coordenadas estéticas del postmodernismo son derivadas de la cultura de masas que promueve la industria cultural de Estados Unidos y llevan entonces el estigma imperialista de la norteamericanización del consumo a la que el Tercer Mundo debe oponerse porque resulta enajenante; sea porque las versiones más nihilistas del pensamiento de la sospecha conducen a una desmovilizadora cri-

10. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Rizoma* (Valencia, Pretextos, 1976, p.60).

sis de proyectos que resulta fatal en países -atravesados por opresiones y desigualdades- que no pueden darse el lujo de abismarse en una contemplación pasiva del statu quo; sea porque la teorización postmodernista de la crisis de los metarrelatos se ha convertido en un metarrelato de la crisis que defiende la hegemonía de los centros de la “internacional norteamericana” (Huyssens).

Hay razones imbricadas en tales argumentaciones que merecen ser efectivamente atendidas para denunciar los usos y abusos de la retórica postmodernista traspasada al campo latinoamericano con simple afán imitativo. Pero creo a la vez que la reflexión sobre la postmodernidad despliega formulaciones que resultan especialmente sugerentes y provocativas en el caso latinoamericano.

La *Revista* se ha servido del debate sobre postmodernidad no como matriz teórico predelimitada por las fronteras conceptuales de un debate montado afuera, sino como repertorio de figuras (y *problemas*) que se entrelazan con varias combinaciones de preguntas articuladas en función de una demanda de pensamiento latinoamericano. La primera combinación de efectos atañe a las relecturas críticas de la misma modernidad de espacios-tiempos multisedimentados que la acentuación postmoderna de todo lo que es *hibridación y mestizaje* da hoy a releer -enfáticamente- en sus máximas irregularidades y cruces de formación heterodoxa, en conflicto con la racionalidad uniforme de la modernidad centrada. Otro tema que puede ser reafilado por el corte postmodernista es el de las mutaciones de coordenadas que han transformado las relaciones entre centros y periferias; relaciones que siempre fueron materia de debate para el pensamiento latinoamericano. La globalización de la economía y de la cultura; la transnacionalización de los mercados de bienes y mensajes y la fluidez circulatoria de las nuevas redes tecnocomunicativas; el estallido de los centros como polaridades fijas y homogéneas y la “tercermundización” de las metrópolis; la diseminación del poder cultural que se transmite plurisegmentariamente, etc.; todos estos factores de *deslocalización* de los trazados que estructuraban las relaciones de dominación-subordinación del eje centro-periferia han producido complejas alteraciones que sacudieron el viejo modelo de la teoría de la dependencia cultural y que hoy exigen redefiniciones críticas más ajustadas a la complejidad de engranajes del control hegemónico. No es que la nueva desterritorialización de los signos del poder cultural haya borrado las marcas que graficaban asimetrías y desequilibrios en el mapa postcolonial. Más bien, tal desterritorialización ha hecho que ese poder opere según lógicas mucho más complejas que antes, por ramificadas e intersectadas. La retorsión de ejes producidos por tales ramificaciones y la nueva transversalidad de los mecanismos de dominación y resistencia, están relacionadas con el tema postmoderno del *des-centramiento* y con la revalorización postmodernista de los *márgenes* (de las periferias) como nuevos bordes de desjerarquización del

sentido. ¿Significa tal planteamiento una real apertura del circuito de organización cultural hacia aquellas prácticas antes marginadas de ese circuito, por no ser parte “autorizada” del trazado euro-norteamericano que defiende la “autoridad” de sus centros académicos e institucionales? O bien, ¿es un nuevo subterfugio de la retórica metropolitana en cuanto no basta que el postmodernismo produzca un discurso *sobre* el pluralismo de las diferencias para que tal discurso se traduzca a una situación concreta en la que se *pluralicen* efectivamente los mecanismos institucionales de articulación discursiva y representación de esas diferencias?

Las ambivalencias y paradojas de esa nueva conducta ejercida por un *centro descentrado* sobre *márgenes recentralizadas*, ofrece un escenario que podemos -sin embargo- aprovechar para tejer ciertas alianzas teórico-políticas entre los intelectuales periféricos y los teóricos de la “postmodernidad alternativa” (para citar a Yúdice); alianzas que trabajen en ampliar las *fronteras de interlocución* del campo de debate internacional a favor de posturas “otras” que se signifiquen desde su marcación periférica (entendiendo lo de “periferia” no simplemente como localización geográfica, sino como concepto-metáfora de una determinada estrategia enunciativa: la de jugar *con los bordes y en los entremedios* de los sistemas validados de significación cultural).

En todo caso, la vinculación de la *Revista* con ciertas tematizaciones postmodernas (descentramiento, fragmentación, heterogeneidad, multiplicidad, etc.) tiene por contexto más próximo, la situación chilena de postdictadura y de redemocratización. Después de años de autoritarismo en los que regía el molde disciplinario de una verdad única y la confiscación de toda seña heterológica que pudiera subvertir la fijeza de las significaciones pretrazadas, la cultura y la sociedad chilena se reabrieron a una experiencia de *pluralización de lo social y de diversificación del sentido*. Esta recuperación de lo diverso y de lo plural supone que debemos articular un *pensamiento de la diferencia* que se deje transitar por voces múltiples. No se trata sólo de que las diferencias se expresen a sí mismas: primer rasgo de autoafirmación de la pluralidad de lo distinto. Se trata también de que esas diferencias logren *demarcar y contrastar* sus opciones en un juego activo en el que se enfrenten las respectivas políticas del sentido que orientan las estrategias simbólico-comunicativas de los mensajes de la cultura. Discutir sobre esas políticas del sentido es parte de las tareas que implica la concepción de la democracia no sólo como “pluralidad cultural”, sino también como “polisemia interpretativa” (García Canclini): multiplicidad abierta para que las significaciones se confronten a una diversidad de puntos de vistas que module comprensiones variadas y variables de la realidad social y de sus simbolizaciones culturales.

La transición democrática ha hecho prevalecer, en Chile, una dimensión festiva de cultura-espectáculo que ejerce un estilo de pluralismo -más bien conformista y relajado- que consiste en celebrar la pluralidad y la diversidad,

llamando simplemente las “diferencias” a coexistir neutralmente bajo la fórmula reconciliatoria y conciliadora de la suma, cuidándose de que ningún choque de opiniones desarmonice el cómodo equilibrio de tendencias amoldadas por la ideología del consenso.

Quizás éste sea el desafío más significativo de la *Revista de Crítica Cultural* en el Chile de hoy: activar un espacio de debate que critique el convenio mayoritario de un cierto oficialismo del pluralismo democrático, repotenciar la función de la *crítica intelectual* (en contra de los saberes normativos y ortodoxos, en contra del burocratismo de la gestión político-administrativa, en contra del moderatismo institucional) mediante un ejercicio de la cultura en el que ésta se encargue de *inquietar* en lugar de *aquietar* sentidos.

Nelly Richard
Santiago de Chile